

# HUME ESENCIAL

LA RAZÓN ES Y SÓLO DEBE SER ESCLAVA DE LAS PASIONES

Introducción y antología por  
DOMINGO CABEZAS

MONTESINOS / ESENCIAL

Colección dirigida por Miguel Candel

© Domingo Cabezas Barra, 2008  
Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural  
Diseño Colección: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-96831-79-7  
Depósito legal: B: 47.664-2008  
Imprime: Limpergraf  
Impreso en España

# Sumario

## Introducción

<b>1. Vida y obra</b>	7
<b>2. Planteamiento del método</b>	
2.1. El concepto de percepción	13
2.2. Impresiones e ideas, sentir y pensar	15
2.3. El principio de la copia	17
2.4. Las leyes de la imaginación	21
2.5. Las ideas abstractas	22
<b>3. Del mundo: la relación causa-efecto y la existencia del mundo</b>	
3.1. Crítica de la causalidad	24
3.2. El problema de la inducción	29
3.3. De la existencia del mundo exterior	29
<b>4. El problema del Yo</b>	
4.1. Yo no soy más que un haz de percepciones	33
4.2. Problemas que plantea la concepción de Hume	35
<b>5. De la existencia de Dios</b>	
5.1. Obras de Hume sobre filosofía de la religión	37
5.2. Clasificación de las pruebas de la existencia de Dios	37
5.3. Análisis crítico de las pruebas de la existencia de Dios	38
5.3.1. Crítica al argumento del designio	39
<b>6. Libertad y necesidad: la acción humana</b>	
6.1. De la libertad y la necesidad	42
6.2. Libertad, necesidad y moral	44

6.3. Razón, pasión y acción	45
<b>7. La moral y la justicia</b>	
7.1. El hecho moral y la falacia naturalista	49
7.2. La moral influye en las acciones	51
7.3. Relación entre la moral y la acción	52
7.4. Benevolencia y utilidad	55
7.5. La justicia	56
<b>8. La filosofía política</b>	
8.1. Del origen del gobierno civil	59
8.2. Crítica del contrato social	60

## Antología de Textos

1. <i>Tratado de la naturaleza humana</i> (1.1.1). Del origen de nuestras ideas	65
2. <i>Investigación sobre el conocimiento humano</i> . Sección 4. Dudas escépticas acerca de las operaciones del entendimiento	72
3. <i>Tratado de la naturaleza humana</i> (1. 4.5). De la identidad personal	88
4. <i>Tratado de la naturaleza humana</i> . Apéndice	93
5. <i>Resumen de un libro recientemente publicado titulado Tratado de la naturaleza humana</i>	97
6. <i>Tratado de la naturaleza humana</i> (2.3.3). Motivos que influyen en la voluntad	118
7. <i>Investigación sobre los principios de la moral</i> . Apéndice I. Acerca del sentimiento moral	125
8. <i>Investigación sobre los principios de la moral</i> . Apéndice III. Algunas consideraciones más con respecto a la justicia	136
9. <i>Diálogos sobre la religión natural</i> . Parte II	145
10. <i>Del contrato original</i>	159
<b>Bibliografía</b>	181

## Introducción

### 1. Vida y obra

Hume es sin duda una de las figuras más influyentes de la historia de la filosofía. Su obra marcará un antes y un después en temas tan importantes como el análisis de la causalidad y el problema de la inducción, la denuncia de la falacia naturalista o las demostraciones de la existencia de Dios, por citar algunas de sus aportaciones más destacadas.

Pero a pesar de ser uno de los filósofos más importantes, no ha sido siempre de los más conocidos. De hecho, aunque Hume llegó a ser un autor bastante popular en su época, su filosofía provocó más rechazos que aceptaciones, fruto de unas posiciones que, fieles a su método, se enfrentaban a las creencias más extendidas en su entorno cultural. Con posterioridad a la muerte de Hume, su papel en la historia de la filosofía se redujo prácticamente a ser el despertador del sueño dogmático de Kant y se consideró que la mayoría de los problemas propuestos por Hume se resuelven o superan a través de la filosofía de Kant.

Fue a principios del siglo XX cuando la filosofía de Hume resurgió y se le empezó a considerar como un autor clave en la historia de la filosofía y como pensador que aún tiene mucho que enseñarnos.

David Hume nació el 26 de abril de 1711 en la ciudad de Edimburgo, en el seno de una familia de pequeños terratenientes de Nine-

## Texto I

# Tratado de la naturaleza humana

Libro I, parte I, sección 1: *Del origen de nuestras ideas*

Todas las percepciones de la mente humana se reducen a dos tipos distintos a los que llamaré IMPRESIONES e IDEAS. La diferencia entre ellos consiste en los grados de fuerza y vivacidad con los que inciden en la mente y se abren camino en nuestro pensamiento o conciencia. De estas percepciones, a las que entran con más fuerza y violencia las podemos llamar *impresiones*; bajo ese nombre incluyo a todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones, en cuanto éstas hacen su primera aparición en el alma. Por *ideas* entiendo las imágenes débiles de éstas en el pensamiento y en el razonamiento, como pueden ser, por ejemplo, todas las percepciones suscitadas por el presente discurso, exceptuando aquellas que surgen de la vista y del tacto y del placer o el disgusto inmediato que pueda ocasionar. No creo que sea muy necesario emplear muchas palabras para explicar esta distinción. Cada uno percibirá en seguida por sí mismo la diferencia entre sentir y pensar. Los grados normales de éstas son fácilmente distinguibles, aunque no es imposible que en algunos casos particulares puedan aproximarse mucho un caso a otro. Así, en un sueño, en caso de fiebre, en la locura o en el caso de emociones muy violentas del alma, nuestras ideas pueden aproximarse mucho a nuestras impresiones, como, por otro lado, sucede a veces que nuestras impresiones son tan débiles y tenues que no podemos distinguirlas de nuestras ideas. Pero, a pesar de este parecido tan cercano

en algunos casos, son por lo general lo bastante diferentes para no tener escrúpulos en situarlas bajo encabezados distintos y en asignar a cada una un nombre particular para marcar la diferencia<sup>18</sup>.

Hay otra división en nuestras percepciones que sería conveniente observar y que se puede extender tanto a nuestras impresiones como a nuestras ideas. Esta división se hace entre SIMPLES y COMPLEJAS. Las percepciones, impresiones o ideas simples son aquellas que no admiten ni distinción ni separación. En las complejas, al contrario que en éstas, se pueden distinguir partes. Aunque un color, un sabor y un olor particular son cualidades que se dan todas juntas en esta manzana, es fácil percibir que no son lo mismo, sino que, al menos, se pueden distinguir la una de la otra.

Una vez hemos dado un orden y arreglo a nuestros objetos mediante estas divisiones, podemos dedicarnos ahora a considerar con mayor cuidado las cualidades y relaciones. La primera circunstancia que salta a la vista es el gran parecido que hay entre nuestras impresiones y nuestras ideas en cada aspecto, con la excepción de su grado de fuerza y vivacidad. Las unas parecen ser el reflejo de las otras de modo que todas las percepciones de la mente son dobles y aparecen como impresiones e ideas. Cuando cierro mis ojos y pienso en mi habitación, las ideas que formo son representaciones exactas de las impresiones que he sentido y no existe circunstancia alguna en las unas que no se encuentre en las otras. Repasando todas mis otras percepciones, todavía encuentro el mismo parecido y representación. Las ideas y las impresiones parecen corresponderse

18. Hago uso de estos términos, *impresión* e *idea*, en un sentido diferente al usual y espero que se me permita esta libertad. Quizás haya restaurado el sentido original de la palabra *idea*, del cual se había separado el señor *Locke*, al hacerla valer para representar todas nuestras percepciones. Por el término *impresión* no quisiera que se entendiese la manera en la que las percepciones vivas son producidas en el alma, sino meramente las percepciones en sí mismas, para las que no hay ningún nombre particular ni en *inglés* ni en cualquier otro idioma, que yo sepa.

siempre las unas a las otras. Esta circunstancia me parece muy remarkable y ocupará mi atención por un momento.

Bajo un examen más atento encuentro que me he dejado llevar demasiado lejos por la primera apariencia y que debo hacer uso de la distinción de las percepciones en *simples* y *complejas* para limitar esta conclusión general: *que todas nuestras ideas e impresiones son semejantes*. Observo que en el caso de algunas de nuestras ideas complejas éstas no tuvieron impresiones que les correspondieran y que algunas de nuestras impresiones complejas nunca se han copiado en ideas. Puedo imaginarme una ciudad como *Nueva Jerusalén*, en la que el pavimento es de oro y los muros de rubí, aunque jamás haya visto tal cosa. He visto *París*, pero ¿afirmaría que me he hecho una idea de la ciudad de tal manera que quede perfectamente representada en todas sus calles y casas, en sus proporciones justas y reales?

Por consiguiente, aunque por lo general advierto una gran semejanza entre nuestras impresiones e ideas *complejas*, aún la norma no es universalmente cierta de tal manera que las unas sean copias exactas de las otras. Podemos considerar a continuación qué ocurre con el caso de nuestras percepciones *simples*. Después del examen más cuidadoso del que soy capaz, me atrevo a afirmar que en este caso la norma se mantiene sin ninguna excepción, y que cada idea simple tiene una impresión simple a la que se asemeja, y que a cada impresión simple le corresponde una idea. La idea de rojo que nos formamos en la oscuridad y la impresión que incide en nuestros ojos a la luz del sol difieren solamente en su grado y no en su naturaleza. Ocurre lo mismo con todas nuestras impresiones e ideas simples: aunque es imposible probarlo mediante una enumeración de todos los casos particulares, cada uno puede convencerse por lo que respecta a este punto repasando tantos casos como quiera. Si alguien negara esta semejanza universal, no sé otra manera de convencerle que no sea pidiéndole que me muestre una impresión simple a la que no corresponda una idea simple, o bien una idea simple

a la que no corresponde una impresión simple. Si no responde al desafío, como es seguro que no podrá hacer, podemos de su silencio y de nuestra propia observación establecer esta conclusión.

Así, encontramos que las ideas simples y las impresiones simples se parecen las unas a las otras; y como las complejas se forman a partir de ellas, podemos afirmar en general que estas dos especies de percepción son exactamente correspondientes. Habiendo descubierto esta relación, que no requiere más examen, siento curiosidad por encontrar alguna otra de sus cualidades. Consideremos qué ocurre con respecto a su existencia y qué impresiones e ideas son causas y cuáles efectos.

Un examen *completo* de esta cuestión es el tema del presente tratado; y, por consiguiente, me contentaré aquí con establecer una proposición general: *Que todas nuestras ideas simples en su primera aparición se derivan de impresiones simples, a las que corresponden y representan exactamente.*

Buscando fenómenos que prueben esta proposición sólo los encuentro de dos tipos; pero cada tipo de fenómeno es obvio, numeroso y conclusivo. Primero me cercioro mediante un nuevo examen de lo que ya he asegurado: que cada impresión simple es acompañada por la correspondiente idea y que cada idea simple por la correspondiente impresión. De esta constante conjunción de percepciones parecidas concluyo inmediatamente que hay una gran conexión entre nuestras correspondientes impresiones e ideas, y que la existencia de las unas tiene una considerable influencia sobre las otras. Tal conjunción constante en tal número infinito de casos no puede surgir del azar; sino que prueba claramente una dependencia de las impresiones con respecto a las ideas, o de las ideas con respecto a las impresiones. Para poder saber de qué lado está esta dependencia he de considerar el orden de su *primera aparición*, y encuentro mediante la experiencia constante que las impresiones simples siempre se dan con anterioridad a sus correspondientes ideas, y que

nunca aparecen en el orden contrario. Para dar a un niño la idea de escarlata o de naranja, de dulce o de amargo, lo que hago es presentarle los objetos o, en otras palabras, le hago tener esas impresiones, y no procedo de forma tan absurda que me esfuerce en producir impresiones excitando las ideas. Nuestras ideas en su aparición no producen sus correspondientes impresiones, ni percibimos color alguno, ni sentimos sensación alguna sólo pensando en ellas. Por otro lado, encontramos que cualquier impresión, sea de la mente o del cuerpo, es constantemente seguida por una idea a la que se asemeja y que tan sólo difiere de ella en los grados de fuerza y vivacidad. La conjunción constante de nuestras percepciones semejantes es una prueba convincente de que la una causa la otra; y esta prioridad de las impresiones es igualmente una prueba de que nuestras impresiones son las causas de nuestras ideas, y no nuestras ideas de nuestras impresiones.

Para confirmar esto, consideraré otro fenómeno sencillo y convincente: siempre que por accidente alguna de las facultades de las cuales surgen las impresiones queda obstruida en sus operaciones, como ocurre al nacido ciego o sordo, no sólo se pierden las impresiones sino también sus ideas correspondientes, de tal modo que nunca aparecerá en la mente el menor rastro ni de una ni de otra. Y esto es verdad no sólo en el caso de que los órganos sensoriales estén completamente destruidos, sino que es igualmente verdadero cuando no han sido nunca puestos en funcionamiento para producir una impresión particular. No podemos hacernos una idea del sabor de una piña sin haberla probado realmente.

Hay, sin embargo, un fenómeno contradictorio que puede demostrar que no es absolutamente imposible a las ideas el preceder a sus correspondientes impresiones. Creo que se admitirá fácilmente que las distintas ideas de colores que entran por nuestros ojos, o de los sonidos que proporciona el oído, son realmente diferentes las unas de las otras aunque también se asemejen. Ahora bien, si esto es cier-

to con respecto a colores diferentes, no lo será menos con respecto a los diferentes tonos de un mismo color, ya que cada uno de ellos produce una idea distinta e independiente del resto. Porque si esto se negara, sería posible, mediante una continua gradación de los tonos, pasar de un color al que estuviera más alejado de él; y si no se concede que cualquiera de los tonos intermedios es diferente, no se puede afirmar, sin caer en el absurdo, que los extremos sean iguales. Así, supongamos que una persona ha disfrutado de la vista durante treinta años y que ha llegado a conocer perfectamente colores de cualquier tipo con la excepción de una particular tonalidad del azul, por ejemplo, con el que no ha tenido jamás la fortuna de encontrarse. Supongamos que todos los demás matices de ese color, con la excepción de este particular, se sitúen ante él yendo gradualmente del más oscuro al más claro; es evidente que notará un hueco allí donde debería estar este matiz, y que verá que hay una distancia mayor en ese lugar entre los colores contiguos que en cualquier otro lugar. Ahora, pregunto si le es posible suplir esta deficiencia desde su propia imaginación de tal manera que surja en él la idea de este tono particular que nunca le ha llegado por los sentidos. Creo que habrá pocos que no sean de la opinión de que se puede hacer tal cosa, y esto puede servir como prueba de que las ideas simples no siempre se derivan de las correspondientes impresiones. Sin embargo, este caso es tan particular y singular que apenas merece que lo tengamos en cuenta y que sólo por él debamos alterar nuestra máxima general.

Pero, aparte de esta excepción, no estaría de más comentar que el principio de prioridad de las impresiones con respecto a las ideas se debe entender con otra limitación, a saber: que así como nuestras ideas son imágenes de nuestras impresiones, podemos formar ideas secundarias que sean imágenes de las primarias, tal como se ve en este mismo razonamiento que hacemos sobre ellas. Aunque, hablando con propiedad, esto no es una excepción a la regla, sino la expli-

cación de la misma. Las ideas producen imágenes de sí mismas en nuevas ideas; pero si se supone que las primeras ideas se han derivado de impresiones, sigue siendo cierto que todas nuestras ideas simples proceden mediatamente o inmediatamente de sus correspondientes impresiones.

Éste es, entonces, el primer principio que establezco en la ciencia de la naturaleza humana; y no debemos despreciarlo por su aparente simplicidad. Es notable que la presente cuestión acerca de la precedencia de nuestras impresiones o ideas sea la misma que ha hecho tanto ruido planteada en otros términos, cuando se ha disputado si existe cualquier *idea innata*, o si todas las ideas se derivan de la sensación y de la reflexión. Podemos observar que para demostrar que las ideas de extensión y color no son innatas los filósofos nos muestran que éstas tan sólo son transmitidas por los sentidos. Para demostrar que las ideas de la pasión y del deseo no son innatas observan que tenemos en nosotros mismos la experiencia previa de estas emociones. Si examinamos ahora con cuidado estos argumentos, encontramos que no prueban nada más sino que las ideas son precedidas de otras percepciones más vivas de las cuales se derivan y a las que representan. Espero que aclarando esta cuestión elimine todas las disputas concernientes a ella permitiendo que este principio sea más utilizado en nuestros razonamientos de lo que parece haber sido utilizado hasta ahora.

## Texto II

# Investigación sobre el conocimiento humano

### Sección 4: Dudas escépticas acerca de las operaciones del entendimiento

## Parte I

TODOS los objetos de la razón humana se pueden dividir naturalmente en dos tipos, a saber: *relaciones entre ideas y cuestiones de hecho*. Del primer tipo son las ciencias de la geometría, el álgebra y la aritmética y, en resumen, cualquier afirmación que sea intuitivamente o demostrativamente cierta. Que *el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los otros dos lados* es una proposición que expresa una relación entre estas figuras<sup>19</sup>. Que *tres veces cinco es igual a la mitad de treinta* expresa una relación entre estos números. Las proposiciones de este tipo se pueden descubrir mediante la mera operación del pensamiento sin dependencia de lo que pudiera existir en cualquier parte del universo. Aunque jamás hubiera habido ningún círculo o triángulo en la naturaleza, las verdades demostradas por EUCLIDES conservarían siempre su certeza y su evidencia.

Los segundos objetos de la razón humana, las cuestiones de hecho, no se determinan de la misma manera; ni su evidencia de verdad, por muy grande que sea, es de la misma naturaleza que la precedente. Lo contrario de cualquier cuestión de hecho es posible, ya que nunca implica contradicción y es concebida por la mente con la

19. A saber, los lados del triángulo.

misma facilidad y distinción que si fuera totalmente conforme a la realidad. Que *el sol no salga mañana* no es una proposición ininteligible y no implica mayor contradicción que la afirmación: *el sol saldrá mañana*. Por consiguiente, en vano intentaríamos demostrar su falsedad. Si fuera demostrativamente falsa, implicaría una contradicción y nunca podría concebirse distintamente por la mente.

Así, puede ser un asunto digno de interés el investigar cuál es la naturaleza de la evidencia, la cual nos asegura cualquier existencia real y cuestión de hecho, más allá del testimonio presente de nuestros sentidos o de los recuerdos de nuestra memoria. Esta parte de la filosofía, como se puede observar, ha sido poco cultivada tanto por los antiguos como por los modernos, con lo que nuestras dudas y errores, en la persecución de tan importante cuestión, pueden ser más que excusables, mientras marchamos a través de caminos tan difíciles sin guía o dirección alguna. Incluso pueden resultar útiles por excitar nuestra curiosidad y destruir la fe implícita y la seguridad que son la perdición de todo razonamiento e investigación libre. El descubrimiento de defectos en la filosofía común, si los hubiera, supongo que no resultará descorazonador sino más bien una incitación, como es usual, para intentar algo más completo y satisfactorio que lo que se ha propuesto hasta ahora al público.

Todos los razonamientos acerca de cuestiones de hecho se fundan en la relación de *Causa y Efecto*. Es tan sólo por medio de esta relación por la que podemos ir más allá de la evidencia de nuestra memoria y de nuestros sentidos. Si se le preguntara a un hombre por qué cree en cualquier cuestión de hecho que no esté presente, por ejemplo, si su amigo está en el país o en FRANCIA, le daría una razón; esta razón podría ser otro hecho, como una carta recibida de él o el conocimiento de sus propósitos y promesas previas. Un hombre que encuentra un reloj o alguna otra máquina en una isla desierta, concluirá que alguna vez ha habido un hombre en esta isla. Todos nuestros razonamientos concernientes a cuestiones de hecho



son de la misma naturaleza. Y aquí se supone constantemente que hay una conexión entre el hecho presente y aquel que inferimos de él. De no haber nada que los ligara juntos, la inferencia sería totalmente incierta. El oír una voz articulada y un discurso racional en la oscuridad nos asegura la presencia de alguna persona. ¿Por qué? Porque estos son los efectos de origen y textura humanos y que están estrechamente conectados con ella. Si analizamos todos los otros razonamientos de esta naturaleza, encontramos que se fundan en la relación de causa y efecto, ya sea esta relación cercana o remota, directa o colateral. El calor y la luz son efectos colaterales del fuego, y uno de los efectos puede inferirse justamente del otro.

Así, si queremos tener un conocimiento satisfactorio acerca de la naturaleza de esa evidencia que nos asegura cuestiones de hecho, debemos investigar cómo llegamos al conocimiento de la causa y el efecto.

Me aventuraré a afirmar, como proposición general que no admite ninguna excepción, que todo conocimiento de esta relación no se consigue en ningún caso mediante razonamientos *a priori*, sino que surge por entero de la experiencia cuando encontramos que algún objeto particular está constantemente unido a otro. Preséntese un objeto a un hombre bien dotado de razón y facultades: si el objeto es completamente nuevo para él, no será capaz, mediante el examen más exacto de sus cualidades sensibles, de descubrir ninguna causa y efecto. ADÁN, aunque se le supongan todas las cualidades racionales totalmente perfeccionadas desde su nacimiento, no podría inferir, de la fluidez y transparencia del agua, que le ahogará, o de la luz y del calor del fuego que éste le podría consumir. Ningún objeto revela, mediante las cualidades que aparecen a los sentidos, ni las causas que lo produjeron ni los efectos que de él surgen, ni puede nuestra razón, sin la asistencia de la experiencia, descubrir cualquier inferencia acerca de la existencia real y de las cuestiones de hecho.

La siguiente proposición: *que las causas y los efectos pueden ser descubiertos no mediante la razón sino mediante la experiencia* se admitirá sin dificultad para aquellos objetos que recordamos que nos han sido desconocidos alguna vez, puesto que debemos ser conscientes de la incapacidad absoluta, en aquel momento, de predecir lo que podría surgir de él. Si se presentan dos trozos lisos de mármol a un hombre que no tiene conocimiento alguno de filosofía natural, nunca podrá descubrir que se adhieren de manera tal que se requiere una gran fuerza para separarlos en línea recta, mientras que ofrecen una pequeña resistencia a una presión lateral. Sin dificultad se admitirá que tales eventos, análogos a los que se producen en el curso natural de la naturaleza, se descubren solamente mediante la experiencia. Nadie se imagina que la explosión de la pólvora y la atracción de la magnetita se puedan descubrir mediante argumentos *a priori*. De la misma manera, cuando un efecto es supuesto como dependiente de una maquinaria intrincada o estructura secreta de las partes, no tenemos ninguna dificultad en atribuir todo este conocimiento a la experiencia. ¿Quién afirmará que puede dar una última razón de por qué la leche o el pan son alimentos adecuados para el hombre y no para el león o el tigre?

Pero, a primera vista, es posible que la misma verdad no tenga la misma evidencia en lo que respecta a los eventos que nos son familiares desde nuestra aparición en el mundo, los cuales guardan una analogía estrecha con el curso de la naturaleza y se suponen dependientes de las cualidades simples de los objetos sin una estructura de partes que nos sea secreta. Estamos inclinados a imaginar que podemos descubrir estos efectos mediante la mera operación de nuestra razón sin tener necesidad de la experiencia. Nos imaginamos que si, de improviso, nos encontráramos en este mundo, podríamos inferir que una bola de billar comunicaría su movimiento a otra mediante el impulso, y que no necesitamos esperar al evento para pronunciarnos con certeza sobre él. Tal es la influencia de la

costumbre, que, donde es más fuerte, no sólo cubre nuestra ignorancia natural, sino que incluso se oculta pareciendo no darse meramente porque se da en grado sumo.

Pero para convencernos de que todas las leyes de la naturaleza y de que todas las operaciones de los cuerpos, sin excepción alguna, son conocidas mediante la experiencia, quizá serán suficientes las siguientes reflexiones. Cuando se nos presenta un objeto y se nos exige que nos pronunciemos sobre el efecto que puede ser resultado de él sin consultar ninguna observación pasada ¿de qué manera, pregunto, debe proceder la mente en esta operación? Debe inventar o imaginar algún evento que atribuye al objeto como su efecto, y está claro que esta invención debe ser totalmente arbitraria. La mente no puede nunca encontrar el posible efecto de una supuesta causa mediante el más exacto examen o escrutinio, ya que el efecto es totalmente diferente de la causa, por lo que no puede ser descubierto en ella. El movimiento de la segunda bola de billar es un evento distinto del movimiento de la primera bola. Tampoco hay nada en la una que pueda sugerir el más mínimo indicio sobre la otra. Una piedra o un trozo de metal que han sido alzados en el aire y privados de su apoyo caerán inmediatamente. Pero, considerando la cuestión *a priori*, ¿hay algo que podamos descubrir en esta situación que pueda engendrar la idea de caída más que la de ascenso o cualquier otro movimiento de la piedra o del metal?

Y como, en todas las operaciones de la naturaleza, lo primero imaginado o inventado sobre un efecto particular es arbitrario mientras no consultemos la experiencia, de la misma forma debemos también estimar el supuesto enlace o conexión entre la causa y el efecto, que los liga juntos y que hace imposible que cualquier otro efecto pueda resultar de la operación de esa causa. Cuando, por ejemplo, observo una bola de billar que se mueve en línea recta hacia otra, incluso suponiendo que el movimiento de la otra bola me fuese accidentalmente sugerido como resultado de un contacto o impulso, ¿no pue-

do concebir cien eventos diferentes que puedan haberse seguido de esa causa? ¿No podrían haberse estado quietas las dos bolas? ¿No podría la primera bola volver en línea recta a su punto de origen o rebotar sobre la segunda en cualquier sentido o dirección? Todas estas suposiciones son coherentes y concebibles. ¿Por qué deberíamos dar preferencia a una que no es más coherente o concebible que el resto? Todos nuestros razonamientos *a priori* nunca podrán mostrar fundamento alguno para esta preferencia.

En una palabra, entonces: cada efecto es un evento distinto de su causa. Así, no podría descubrirse en la causa, y su invención inicial o concepción *a priori* han de ser enteramente arbitrarios. E, incluso, después de que se sugiera su conjunción con la causa, ha de parecer igualmente arbitraria, puesto que hay siempre subsecuentemente muchos otros efectos que a la razón le parecen plenamente consecuentes y naturales. En vano, por consiguiente, pretendemos determinar un solo evento o inferir cualquier causa o efecto sin la asistencia de la observación y de la experiencia.

Con esto podemos descubrir la razón por la cual ningún filósofo que sea razonable y modesto ha pretendido descubrir la última causa de cualquier operación natural, o mostrar con distinción la acción de la fuerza que produce un efecto singular en el universo. Se reconoce que el sumo esfuerzo de la razón humana es reducir los principios productivos de los fenómenos naturales a la mayor simplicidad y resolver los muchos efectos particulares a unas pocas causas generales mediante razonamientos apoyados en la analogía, la experiencia y la observación. Pero acerca de las causas de estas causas generales, vanamente intentaríamos el esfuerzo de descubrirlas ni de satisfacernos jamás con cualquier explicación de ellas. Estas fuentes y principios últimos están totalmente vedados a la investigación y a la curiosidad humana. Elasticidad, gravedad, cohesión de las partes y comunicación del movimiento mediante el impulso son, probablemente, las últimas causas y principios que podamos

descubrir en la naturaleza, y deberíamos sentirnos lo suficientemente felices si mediante una investigación y razonamientos meticulosos podemos remontar los fenómenos particulares a estos principios generales. La filosofía natural más perfecta sólo despeja un poco nuestra ignorancia, así como quizá la más perfecta filosofía moral o metafísica sirve sólo para descubrir mayores proporciones de nuestra ignorancia. De modo que la constatación de la ceguera y la debilidad humanas son el resultado de toda filosofía, a pesar de nuestros esfuerzos por eludir las o evitarlas.

Ni la geometría, tomada como auxiliar de la filosofía natural, puede remediar este defecto o conducirnos al conocimiento de las últimas causas mediante aquella precisión en el razonamiento por la que ha sido justamente reconocida. Todas las ramas de las matemáticas aplicadas proceden bajo la suposición de que ciertas leyes están establecidas por la naturaleza de sus operaciones, y emplean razonamientos abstractos bien para asistir a la experiencia en el descubrimiento de estas leyes, bien para determinar su influencia en casos particulares cuando esto depende de un grado determinado de distancia y cantidad. Así, esta ley del movimiento, descubierta mediante la experiencia, según la cual el ímpetu o la fuerza de cualquier cuerpo en movimiento es la razón compuesta o proporción de su volumen sólido y su velocidad<sup>20</sup> y que, por consiguiente, una fuerza pequeña puede quitar el mayor obstáculo o mover el mayor peso si, mediante cualquier invención o maquinaria, podemos aumentar la velocidad de esa fuerza de modo que supere su obstáculo. La geometría nos asiste en la aplicación de esta ley dando las dimensiones justas de todas las partes y figuras que pueden componer cualquier clase de máquina. Pero, de todas formas, el descubrimiento de la propia ley se debe a la mera experimentación, y todos

20. Es decir, que la cantidad de movimiento es igual al producto de la masa por la velocidad (segunda ley de Newton). (N. del T.)

los razonamientos abstractos del mundo no podrán acercarnos ni un paso hacia su conocimiento. Cuando la razonamos *a priori* y consideramos meramente cualquier objeto o causa como aparece a la mente, independiente de toda observación, nunca nos podrá sugerir la noción de un objeto distinto como sería su efecto, ni mucho menos nos mostrará la conexión inseparable e inviolable entre ellos. Un hombre debe ser muy sagaz para descubrir mediante el razonamiento que el cristal es el efecto del calor y que el hielo lo es del frío, sin conocer previamente la operación de estas cualidades.

## Parte II

Pero aún no estamos plenamente satisfechos con lo que respecta a la primera cuestión planteada. Cada solución nos conduce a una cuestión aún más difícil que la previa, llevándonos a investigaciones ulteriores. Cuando nos preguntamos: *¿Cuál es la naturaleza de todos nuestros razonamientos acerca de cuestiones de hecho?*, la respuesta adecuada parece ser que se funda en la relación de causa y efecto. Cuando de nuevo se pregunta: *¿Cuál es el fundamento de todos nuestros razonamientos y conclusiones acerca de esta relación?*, se puede contestar con una palabra: la experiencia. Pero si nosotros aún continuamos con nuestra actitud escudriñadora y preguntamos: *¿Cuál es la fundamentación de todas las conclusiones de la experiencia?*, esto implica una nueva cuestión, la cual puede ser de solución y explicación más dificultosa. Los filósofos que se han dado aires de una superior sabiduría y suficiencia tienen una ardua tarea cuando se encuentran con personas de disposiciones disquisitivas que los empujan fuera de cada esquina en la que ellos se refugian y que con seguridad los llevarán a algún dilema peligroso. La mejor manera de prevenir esta confusión es ser modestos en nuestras pretensiones; e incluso descubrir la dificultad nosotros mismos antes de que alguien nos

la objete. En este sentido, podremos hacer mérito de nuestra ignorancia.

Me contentaré, en esta sección, con una tarea fácil y sólo pretenderé dar una respuesta negativa a la cuestión aquí propuesta. Digo, entonces, que incluso después de que nosotros tengamos experiencia de los funcionamientos de la causa y el efecto, nuestras conclusiones de tal experiencia *no* se fundamentan en la razón ni en ningún proceso del conocimiento. Esta solución la debemos explicar y defender.

Ciertamente se debe aceptar que la naturaleza nos ha mantenido a gran distancia de todos sus secretos, y que tan sólo nos ha permitido el lujo de tener el conocimiento de unas cualidades superficiales de los objetos, mientras ella nos oculta esos poderes y principios de los que depende enteramente el influjo de esos objetos. Nuestros sentidos nos informan del color, del peso y de la consistencia del pan, pero ni los sentidos ni la razón nos pueden informar de aquellas cualidades que lo hacen adecuado para la nutrición y apoyo del cuerpo humano. La vista o el tacto nos dan una idea del movimiento actual de los cuerpos, pero en lo que respecta a aquella fuerza o poder maravilloso que puede mantener un cuerpo en perpetuo cambio de lugar, y que hace que no se pierda jamás a no ser que se lo comunique a otros, de esto no podemos tener ni la más remota concepción. Pero, a pesar de esta ignorancia de los poderes<sup>21</sup> y principios naturales, siempre suponemos que hay como unos poderes secretos cuando vemos cualidades sensibles y esperamos que se sigan efectos que sean similares a los que ya hemos experimentado. Si se nos presenta un cuerpo que tiene un color y una consistencia semejantes a las del pan que nos hemos comido previamente, no

21. La palabra "poder" se utiliza aquí en una concepción vaga y popular. Una explicación más precisa daría una evidencia complementaria a este argumento.

tendremos ningún escrúpulo en repetir el experimento y prever, con toda certeza, una nutrición y un apoyo. Ahora bien, este es un proceso de la mente o del pensamiento cuyo fundamento me gustaría conocer de buena gana. Es por todos aceptado que no hay ninguna conexión entre las cualidades sensibles y los poderes ocultos y que, por consiguiente, la mente no es llevada a formar una conclusión a propósito de su conjunción constante y regular por lo que puede conocer de su naturaleza. Acerca de la experiencia del pasado, tan sólo puede permitirse el dar información *directa y cierta* de aquellos objetos precisos en el preciso momento en aquel período de tiempo abarcado por su conocimiento. Pero ¿por qué esta experiencia debe extenderse a tiempos futuros y a otros objetos que, por lo que sabemos, son sólo en apariencia similares?, ésta es la cuestión en la que me agradaría insistir. El pan que comí anteriormente me nutrió, es decir, que un cuerpo con unas determinadas cualidades sensibles, en aquel momento, estaba dotado de ciertos poderes secretos. Pero de esto, ¿se sigue que otro pan deba nutrirme en otro momento y que las mismas cualidades sensibles deban siempre tener los mismos poderes secretos? De ningún modo parece una conclusión necesaria. Al menos, debe reconocerse que hay aquí una conclusión alcanzada por la mente, que se ha dado un cierto paso, un proceso del pensamiento y una inferencia que requiere una explicación. Estas dos proposiciones están lejos de ser lo mismo: *Yo he encontrado un objeto tal al que siempre ha correspondido tal efecto y preveo que tales otros objetos que son en apariencia similares estarán acompañados por los mismos efectos*. Aceptaré, si usted lo desea, que una proposición pueda inferirse correctamente de la otra. Pero si insiste en que la inferencia se ha hecho mediante una cadena de razonamientos, me gustaría que usted reprodujera estos razonamientos. La conexión entre estas dos proposiciones no es intuitiva. Se requiere un punto medio que pueda permitir a la mente el llegar a tal inferencia, si efectivamente se alcanza mediante el razonamiento y la argumenta-

ción. ¿Cuál es ese punto medio? Debo confesar que eso escapa a mi comprensión y es de la incumbencia de los que afirman que realmente existe y que es el origen de todas nuestras conclusiones acerca de cuestiones de hecho el presentarlo.

Este argumento negativo debería ciertamente con el tiempo hacerse del todo convincente, si muchos penetrantes y capaces filósofos orientaran sus investigaciones en esta dirección y si nadie fuera a descubrir ninguna proposición que sirva de conexión inmediata o por medio de un paso intermedio que apoye al entendimiento en esta conclusión. Pero cuando la cuestión es todavía nueva, no puede cada lector confiar en su propia agudeza para concluir que porque este argumento se escape a su investigación, entonces realmente no existe. Por esta razón quizá sea necesario aventurarnos en una tarea más difícil y enumerar todas las ramas del conocimiento humano para intentar mostrar que ninguna de ellas puede permitir tal razonamiento.

Todos los razonamientos se dividen en dos tipos, a saber: el razonamiento demostrativo, o que concierne a relaciones entre ideas, y el razonamiento moral o concerniente a cuestiones de hecho y existencia. Que en este caso no hay ningún razonamiento demostrativo parece evidente, ya que no implica ninguna contradicción que el curso de la naturaleza pueda cambiar y que un objeto que parezca semejante a aquellos que hemos experimentado pueda estar acompañado de efectos diferentes o contrarios. ¿Puedo concebir clara y distintamente que un cuerpo caído de las nubes y que en todos los demás aspectos se parece a la nieve tenga el gusto de la sal o que queme como el fuego? ¿Hay proposición más inteligible que afirmar que todos los árboles florecen en DICIEMBRE y ENERO y que pierden sus hojas en MAYO y JUNIO? Ahora bien, cualquier cosa que sea inteligible y que pueda ser claramente concebida, no implica ninguna contradicción y nunca puede ser probada su falsedad mediante argumento demostrativo ni mediante razonamiento abstracto *a priori*.

Si, por consiguiente, se nos convenciera mediante estos argumentos de que tuviéramos confianza en la experiencia pasada y de que la convirtiéramos en la pauta de los juicios futuros, estos argumentos deberían ser sólo probables o ser de tal modo que concernieran a cuestiones de hecho o de existencia real, según la distinción antes mencionada. Pero no puede haber ningún argumento de ese tipo si se admite como sólida y satisfactoria nuestra explicación de estos tipos de razonamiento. Hemos dicho que todos los argumentos concernientes a la existencia se fundamentan en la relación de causa y efecto, que nuestros conocimientos de esta relación se derivan enteramente de la experiencia y que todas nuestras conclusiones experimentales caen bajo la suposición de que el futuro será conforme al pasado. Así, intentar la demostración de esta última suposición mediante argumentos de probabilidad o mediante argumentos sobre la existencia cae en un círculo vicioso, ya que toma como supuesto aquello que se quiere demostrar.

En realidad, todos los argumentos de la experiencia se fundan en la similitud que encontramos en los objetos naturales, lo cual induce a esperar efectos similares a los que hemos visto que se siguen a tales objetos. Y aunque nadie más que un necio o un loco pretenda disputar la autoridad de la experiencia o rechazar esta gran guía de la vida humana, ciertamente se le puede permitir a un filósofo el tener por lo menos tanta curiosidad como para examinar este principio de la naturaleza humana, el cual da a la experiencia esta autoridad y nos hace sacar ventaja de la semejanza con la que la naturaleza ha dotado a diferentes objetos. De las causas que parecen *semejantes* esperamos efectos semejantes. Ésta es la suma de todas nuestras conclusiones experimentales. Ahora, parece evidente que si esta conclusión fuera formada por la razón, debería ser tan perfecta al principio, en un solo caso, como después de una larga sucesión de experiencias. Pero tal no es el caso. Nada hay tan semejante como los huevos, pero nadie, a causa de esta aparente similitud, es-

pera el mismo gusto y sabor en todos ellos. Sólo tras un largo curso de experiencias uniformes de algún tipo logramos una confianza firme y segura con respecto a un evento particular. Ahora bien, ¿dónde está el proceso de razonamiento que, a partir de un caso, llega a una conclusión muy distinta de la que se ha inferido en cien casos, en ningún modo distintos del primero? Propongo esta cuestión tanto para informarme como con la intención de presentar dificultades. No puedo encontrar, no puedo imaginar ningún razonamiento tal. Pero, aún mantengo mi mente abierta a la instrucción, si alguien condesciende a ponerlo en mi conocimiento.

¿Deberíamos decir a partir de cuántas experiencias uniformes inferimos una conexión entre las cualidades sensibles y los poderes secretos? Esto, debo confesar, parece que plantea la misma dificultad, formulada en otros términos. La pregunta aún se repite: ¿en qué proceso de argumentación se funda esta *inferencia*? ¿Dónde está el punto medio, las ideas interpuestas que unen proposiciones tan alejadas entre sí? Está reconocido que el color, la consistencia y otras cualidades sensibles del pan no parecen, de suyo, tener conexión alguna con los poderes secretos de la nutrición y el soporte. Pues de lo contrario podríamos inferir estos poderes secretos de la primera apariencia de estas cualidades sensibles sin la ayuda de la experiencia, contrariamente a la opinión de todos los filósofos y contrariamente a los mismo hechos. He aquí, entonces, nuestro estado natural de ignorancia con respecto a los poderes e influencia de todos los objetos. ¿Cómo se remedia esto mediante la experiencia? Ésta sólo nos muestra un número de efectos resultantes de ciertos objetos y nos enseña que estos objetos particulares, en este momento particular, fueron dotados de tales poderes y fuerzas. Cuando un objeto nuevo, dotado de cualidades sensibles similares, se presenta, nosotros esperamos poderes y fuerzas similares y buscamos el mismo efecto. De un cuerpo que sea del mismo color y consistencia que el pan esperamos la nutrición y el apoyo. Pero éste es, ciertamente, un

paso o avance de la mente que requiere explicación. Cuando un hombre dice: *yo he encontrado en todos los casos pasados tales cualidades sensibles unidas a tales poderes secretos*, y cuando dice que *cualidades sensibles similares siempre se unirán con poderes secretos similares*, no está cometiendo una tautología ni son estas proposiciones en modo alguno las mismas. Usted dice que una proposición se infiere de la otra. Pero ha de confesar que la inferencia no es intuitiva ni demostrativa. Entonces ¿de qué naturaleza es? Decir que es experimental es caer en una petición de principio. Para todas las inferencias que la experiencia suponga se ha de tener como fundamento que el futuro se parecerá al pasado y que poderes similares se unirán a cualidades sensibles similares. Si se tiene cualquier sospecha de que el curso de la naturaleza puede cambiar, y de que el pasado no será la norma para el futuro, toda experiencia será inútil y no podrá apoyar ninguna inferencia ni conclusión. Por consiguiente, es imposible que cualquier argumento de la experiencia pueda demostrar que el futuro será semejante al pasado, ya que estos argumentos están fundamentados en esta semejanza. Acéptese que el curso de las cosas, hasta ahora, ha sido muy regular; esto solo, sin algún nuevo argumento o inferencia, no demuestra que en el futuro las cosas continuarán así. En vano pretendemos conocer la naturaleza de los cuerpos a partir de la experiencia pasada. Su naturaleza secreta y, por consiguiente, todos sus efectos e influencia pueden cambiar sin ningún cambio en sus cualidades sensibles. Esto a veces pasa en algunos objetos. ¿Por qué no podría pasar siempre y con respecto a todos los objetos? ¿Qué lógica, qué proceso de argumentación le aseguran esta inferencia? Mi práctica, dice usted, refuta mis dudas. Pero usted no entiende el propósito de mi pregunta. Yo, como agente, ya estoy bastante satisfecho en este punto, pero como filósofo aún me queda cierta porción de curiosidad, no diré que de escepticismo, y quiero aprender la fundamentación de esta inferencia. Ninguna lectura ni ninguna investigación ha podido todavía eliminar

mi dificultad ni me ha dado satisfacción en una cuestión tan importante. ¿Puedo hacer algo mejor que proponerle al público la dificultad, aunque quizá tenga pocas esperanzas de obtener una solución? Por lo menos, de esta manera seremos conscientes de nuestra ignorancia, aunque no aumentemos nuestro conocimiento.

Debo reconocer que un hombre es culpable de una imperdonable arrogancia cuando dice que un argumento se ha escapado a su investigación porque en realidad no existe. También debo confesar que, aunque todos los sabios durante muchas eras se emplearan en un estudio infructuoso sobre cualquier tema, de todas formas sería precipitado concluir positivamente que el asunto debe estar, por consiguiente, más allá de toda comprensión humana. Aunque examináramos todas las fuentes de nuestro conocimiento y concluyéramos que son inadecuadas para esta cuestión, aún puede quedar la sospecha de que la enumeración no ha sido completa o el examen no ha sido exhaustivo. Pero, por lo que respecta al presente asunto, hay algunas consideraciones que parecen eliminar toda la imputación de arrogancia o sospecha de error.

Es cierto que los campesinos más ignorantes y estúpidos, o los niños, o incluso las bestias salvajes, progresan mediante la experiencia y aprenden las cualidades de los objetos naturales mediante la observación de los efectos que resultan de ellos. Cuando un niño ha sentido la sensación de dolor al tocar la llama de una vela, tendrá cuidado de no acercar su mano a ninguna vela más, ya que espera un efecto similar a una causa similar en sus cualidades sensibles y en su apariencia. Por consiguiente, si usted afirma que el entendimiento de un niño es llevado a esta conclusión mediante cualquier proceso de argumentación o raciocinio, puedo exigirle justamente que reproduzca dicho argumento y no podrá pretender negarse a tan justa demanda. No puede decir que el argumento es abstruso y escapar así a la pregunta, puesto que admite que resulta obvio para la capacidad de un mero infante. Así, si usted duda un momento o

si, después de una reflexión, reproduce cualquier argumento intrincado o profundo, de alguna manera elude la pregunta y confiesa que no es el razonamiento el que nos hace suponer que el pasado se parece al futuro y que induce a esperar efectos similares de causas que son en apariencia similares. Ésta es la proposición que quiero reforzar en la sección presente. Si tengo razón, no pretendo haber realizado un gran descubrimiento. Si estoy equivocado, me he de reconocer un estudioso muy rezagado, pues no he podido descubrir un argumento que, según parece, me era perfectamente familiar antes de que hubiera salido de la cuna.